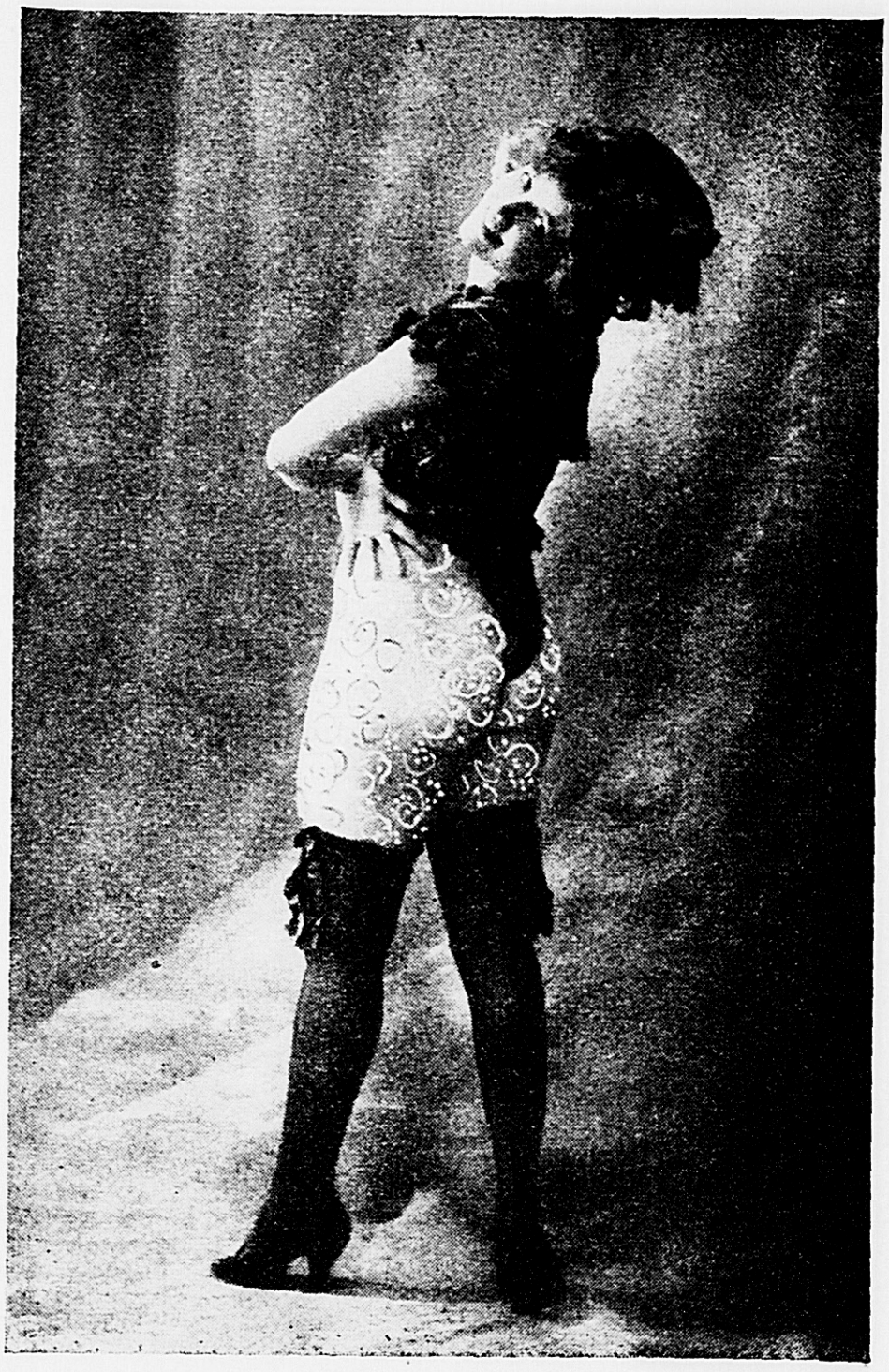
1

TOMA CAI

233705



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

10 cénts.

1
233705

47| 1505185

¡TOMA CANDELA!

I

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Aquella agrupación, patrimonio exclusivo de los desafueros galantes más encopetados, o de las depravaciones más espasmódicas que narraron Casanova de Senitgault, el abate Brantôme, y nuestro compatriota Quevedo en sus célebres sonetos, no menos que los de Pietro Aretino, delincuentes y sabrosísimos, nombrábase *Las cuatro gotas*.

Nomenclatura ambigüa, anfibológica, de un eufemismo dislacerante y acaso hipócrita.

—«Las cuatro gotas»: bien—se decía un nuevo miembro de tan placentera sociedad —pero gotas ¿de qué?

—¡So... litario! ¿Qué te importa a tí de lo que sean las gotas esas... con tal de que te humedezcan a tí el cerebro y otros parajes?

—¡Caray!... Mi cerebro precisamente y

R. 3224106

mis centros expansionales andan siempre de acuerdo.

—A ver, explicate—apuntaba Niní una «tejedora voluntaria» en el gran tapiz del *Amor libre*, cuyos ejemplares se han tirado y vuelto a tirar en innumerables ediciones.

—Me explico... Con este ejemplo. No: no te menees... Precisamente has caído en blando, Niní.

—Pero ¿sientes lo que dices?

—Por ahora siento que tu *asiento* resulta de redondeado y derrumbante de energías masculinas una porción de miles de kilógramos.

—Pero mis nalgas, así, tan duras como las peñas.

—¡Eres la *Gran Peña*, en bloque!

—¡Exagerado!

—¡Nada de ello! En cuanto a grupa despeñas o despenas al más pintado. Escoje.

—Pero si nada me das a escojer.

—Sí, mujer. Escoje entre quedarte conmigo o con mis metales amonedados. ¡Ya ves!

— ¡Gentil y caprichudo me resultas!

—Y tú *gentil* solamente, aunque, como sinónimo de «pagano», no permitiré más pagano de tus goces que servidorito...

—¡Egoísta!

—¡Caray! Acuérdate de que soy miembro de *Las cuatro gotas*.

—¡Ya! ¡ya!

—Vamos, que como miembro de esta *peña* de amigos, desafío a la doble divina *peña* de tu popa, maceradora y sútil.

—Me vengo...

—¡Cómo!

—Digo que me vengo enterando con placer de que el placer para tí y para muchos consiste en el choque.

—Ni más ni menos: en el choque de tus muslos con uno cualquiera de los miembros del Club.

—¡No tanto!

—Te lo reitero, Niní, espasmódica figulina, cuyos bajo relieves estoy manoseando con un deleite especial en este instante. ¡Ah!...

—Ya lo estoy notando... Y creo que muy pronto tendreis que hacerme miembra honoraria de vuestro Club.

—¡Preciosa! Pa luego es tarde—irrumpió el vicepresidente Eduardito: un semipollo, semigallo, algo regordete, con ojos vivos, lujuriosos y que pasaba por intelectual (y lo era en efecto) a los ojos de muchos, por haberse dedicado a expansiones lúbricas, llenando cuartillas y más cuartillas con singular fortuna y buen éxito...

aunque sus escritos no habían trascendido al público.

—¿Por qué no publicas algo, cachondillo?

—Sí: Eduardo... Razón lleva nuestra Niní.

—Porque mi literatura especial tiene pocos lectores o aficionados.

—¿Tan rara es?

—Al contrario. Retrata, esculpe, aboceta hechos de erotismo y de libertinaje de un modo distinguido y elegante.

—¿Entonces?

—Tiene razón Eduardito. Su literatura erótica es mucho más rica en matices que la de Trigo, la de *Florentín*, la de Retana (el pimpante Alvarito, autor celebradísimo de *La carne de tablado*).

—Y ¿en qué consisten esos matices?

—¡Toma! En que nuestro Eduardito sorprende la llama erótica, el cuadro obsceno, allí donde quiere, sin necesidad de prepararse un fondo, como los demás escritores.

—Pero ¿es libre muy libre, esa literatura?

—Impublicable... Al menos, en público —aseveró el *vice*.

—¡Porra, con la contrariedad!

—¡Ay! ¡Nene!—decía Niní, revirando

los ojos y queriendo acariciar en la megilla a Eduardo.

Este se apartó, rápido.

—¡No! No me toques... Ya sabes que no me gusta.

—¡Qué raro eres, hijo!

—Tan raro como quieras; pero soy así. Simplemente un gozador... cerebral: pero convencido.

—Sí; sí... Quiere significar nuestro amigo que la lubricidad ha de entrarle en imágenes—puramente por los ojos—sin necesidad de contactos pecaminosos, para que la sensación sea completa y duradera.

—¡No te entendemos, chico!—acabó por asegurar, desorientada la planturosa Niní.

—Ya me entenderás... Ya me entenderéis todos. Y antes de que transcurran muchos días.

—Pero ¿a qué argumentos vas a recurrir?

—A argumentos *ad hominem*. Este es mi secreto. Por hoy ¡se levanta la sesión!

II

Los de *Las cuatro gotas*, «sociedad recreativa, refocilante y concupiscente», ce-

lebraban a menudo ágapes, juergas; festivales menores, todos ellos dedicados a *Venus* y a *Baco*; más a la primera; aunque en el terreno del segundo de los populares entes olímpicos, el que más y el que menos eran hombres para dar cuenta de cuantas docenas de botellas se les pusieran por delante, bien fueran de la consabida viuda de este afortunadísimo señor Cliquot, bien del alegre y sencillo Codorniu.

Aquella noche el ambiente estaba saturadísimo de efluvios carnales; la temperatura del Club, al rojo vivo: los semblantes de las ocho o diez parejas de comensales—y escribo «ocho. o diez», porque algunas de estas cambiaban con tal rapidez de compañero o compañera que era imposible fijar bien su número, sin contar con los que iban a esconderse momentánea o temporalmente tras un biombo, o en algún gabinetito, chic y confortable.

Los semblantes susodichos acusaban, pues, decimos el *summum* de tensión ardorosa, de la sobreexcitación, bien inherente a cada individuo o ya debidas a contactos lascivos con piernas ebúrneas, contornos infracarnosos por todo extremo sútiles al tacto.

Allí nadie se aburría.

Los dicharacheros abundaban. El escritor Ramoncillo Ceybe, (un tío ya machucho pero con enorme dosis de experiencia en prácticas libertinas) no daba paz a la lengua.

Ni física ni moralmente; puesto que la lengua de Ceybe (apocope un tanto raro del sustantivo «célibe») que ocultaba el verdadero apellido del taimado solterón no estaba un momento en paz y pasaba de unos labios femeninos, rosados naturalmente, a otros labios femeninos purpúreos a fuerza de colorete...

Acompañaban a Ramoncillo en sus expansiones galantes Filito, el sin par Filito Romeral, un excelente tirador de sable, y rendidor de bellas, con tal que estuvieran bien provistas de delanteras (senos de empuje, con botoncillos enhiestos y de epidermis alabastrinas). Figuraban en el grupo, además don Nonito, el alto empleado do Hacienda, que ocultaba tanto como su apellido, sus aficiones lúbricas tras la máscara de una indiferencia y hasta desprecio (puramente fingidos o de guardarropía) de su afición loca, irrefrenable por los placeres carnales; en otro lugar figuraban Tristán, el capitán de artillería mejor mozo y más alegre y divertido de su regimiento; y dos o tres individuos más cuyo relieve y circunstancias quedaban en segundo térmi-

que el erotismo no tiene sexo, sino que es patrimonio de todos los temperamentos bien templados para los combates del amor.

III

Aquellos diez minutos aguardando el afrodisiaco cuplé del Conejo, prepararon dignamente a los *puntos* todos de aquella peña de aficionados a Venus de una forma por demás visible.

A poco sonó un misterioso timbre: encendiéronse dos grupos de bombillas rojas que había a ambos lados de un pequeño estrado, junto al piano, e hizo su aparición esplendorosa y cálida (a fe de imparciales narradores) de la invencible Ninì. (Algunos la llamaban Mesalina; entre ellos así la había calificado el propio Eduardito Aran en uno de sus originales cuentos libidinosos).

Presentóse, pues, Mesalina o Ninì—como os plazca rebautizarla—ataviada del siguiente modo.

Un gran sombrero de plumas adornaba su cabeza y unas medias de seda caladas, finísimas, revestían sus piernas, quedando

retenidas en lo alto del robusto muslo por rojas ligas llamativas. El resto del cuerpo a pelo y por cierto que profuso, rizoso y lujuriante era en extremo el de su linda cabecita y el de los sobacos.

Una espléndida mujer de carnación lujuriosa, de irresistible tentación. Una cantárida peligrosísima. La apoteósis del deseo carnal desenfrenado.

Y entonces, suspensos los ánimos, enfocadas hacia su centro peligroso todas las miradas que, palpitantes de deseos los labios y los pechos de unos y otras, empezó el cuplé *danzado*, más que cantado, acompañándola al piano un hábil profesor.

«Tengo un conejo—aquí encerrado
(señalando una jaulita ad hoc)
»es muy peludo—y algo encarnado
(sin separar sus dedos finos y gordezuelos en contacto con el animalito presunto).
»El muy indino—me pide queso
(Con los ojos en blanco y oscilando las caderas, con los muslos en movimiento).
»y yo no encuentro—quien le dé eso
»es su alimento—y es lo mejor
»se mueve hambriento—que es un primor.

—

»Si no hay quien tenga
»de él compasión,

»yo misma entonces
»le doy biberón.
(Chupándose un dedo metido entre los labios).
»Así, así, me gusta a mí
»con este dedo gozo delicias mil
(Frotándose vivamente con un dedo la puntita de su roja lengua).
»Arriba y abajo—alante y atrás
»¡qué placer más grande—este que me das!»

(En esta acotación, (que copiamos) que parecerá artificiosa, no hacemos más que «consignar un hecho real» y todos los presentes—¡felices mortales!—pudieron comprobar con sus propios ojos,

—Salve ¡Nini!—aclamó el capitán Tristán, entusiasmado.

—¡Viva la diosa del deleite! —apoyó don Nonito—sin levantar demasiado el diapasón, pero con reconcentrado acento de amateur en cuestiones eróticas.

—¿Quieres amarla? – demandó al guapo mozo cuyas tres estrellas en la bocamanga brillábanle menos que sus ojos enamorados del cuerpo escultural, triunfante de la cupletera, la bella Charito.

—¿Se dejará ella?

—Ya lo creo: por tí sí... Cada vez que se excita a sí misma, cantando o mimando



un cuplé como ese del conejo que hecha chispas...

—Sí: comprendido. Necesita «una segunda parte del cuplé» o un complemento que la satisfaga y calme sus naturales ardores.

—¿Es voluptuosa, según eso? - inquirió Tristán, que gozaba con aquella conversación, columbrando verdaderos placeres carnales y subjetivos.

—Como su homónima... como Mesalina, la emperatriz romana, poco más o menos.

—¿Y tú, querida? ¿No te has visto obligada a alimentar al animalito que ocultas en tu madriguera?

—¡Oh!

Ella, la cachondísima criolla, de temperamento tanto o más volcánico que Niní, estaba que se sorbía mentalmente los ojos, la lengua y los sesos del bueno de Ramoncillo Ceybe, aquel cuco solterón, cuya pluma no siempre se humedecía en tinta propia precisamente, sino en el *tintero* especial y picaresco de la agresiva Charito. Contentóse, pues, con suspirar en primer lugar, luego siguió un movimiento expontáneo de abrazar con ambos preciosos brazos desnudos el cuello de Ramoncillo, quien, dispuesto, como siempre para el combate, secundó a la cálida muchacha.

Finalmente aquella feliz pareja, no menos que otras felices parejas que les habían precedido ya; fueron a finiquitar sus arrebatos pasionales e inconfesables encima de cómodos divanes, voluptuosas otomanas o mullidos sofás.

Y aunque la hora de alimentar conejos había sonado en general, merece mención especialísima el tiernísimo animalito que cuidaiba y mimaba con cariñosa solicitud la despampanante Niní, cuya nutrición fué a cuatro manos por aquella vez: o sea entre ella y el dichosísimo capitán, que gozó lo infinito, lo inenarrable al descubrir entre los blanquísimos ropajes de la diosa-mujer que tanto le sobreexcitara la jaulita deliciosa a que prodigó sus más asíduos, sus más entusiastas homenajes con alma y vida.

IV

Satisfechísimos los miembros todos (que no llegarían a dos docenas—aunque, eso sí, decididos y ávidos y siempre dispuestos para aquellas ruidosas expansiones íntimas) del selectísimo Club *Las Cuatro Go-*

tas, quisieron celebrar de un modo digno el primer aniversario de su inauguración; y al efecto dispusieron un teatrillo portátil para representar en él una nueva muestra del ingenio fértil y avispado de su indispensable autor Eduardito Arán, o sea una piececilla lúbrica y sensual cuyo solo anuncio, conociendo como conocían su estilo libre y peculiarísimo, les llenó de regocijo anticipadamente.

Pero en otro lugar de la misma capital donde ocurrían estos sucesos, fraguábanse contra los propósitos, puramente recreativos de los del Club *Cuatro Gotas*, ciertos planes malévolos y mal intencionados para estorbar estúpidamente expansiones naturales e inofensivas; todo bajo la torpe especie o bajo el pretexto de que con aquellas ruidosas e intemperantes bacanales don Tinito Ruibarbo, el alto empleado de Hacienda y sus camaradas báquicos—digámoslo así—«ofendían a la moral y a las buenas costumbres».

Total, nada: el golpecito mil y tantos que pretendían dar esos tartufos modernos de mala índole a un fingido culto a la tan decantada *Honestidad* (muy señora mía) —que ellos no la conocían ni de oídas.

¿Con qué contaban para darles un mal rato a los del Club?

Con su audacia y mala intención. ¿Lograron su objeto? Eso lo sabremos al final de estos verídicos y pimpantes incidentes que venimos relatando con beneplácito—nos consta—de muchos lectores benévolos (cuyos elogios por nuestras tareas en la *Colección Placer* agradecemos íntimamente).

***

El pequeño proscenio al fondo del salón principal de *Las Cuatro Gotas* hallábase reluciente como un áscua de oro, con sus aplicaciones metálicas en el frontispicio y el telón de boca y sus lindos aparatos lumínicos, que alternando en los colores del arco iris, proyectaban distintos matices, suaves o misteriosos hacia los objetos y las personas.

Habíanse repartido las invitaciones: ricas vitelas en que con caracteres áureos—los clubmen de las *gotas* consabidas sabían y podían hacer las cosas en grande—campeaban estas sugestivas titulares:

«1.° *Tía y sobrino.—Boceto de sainete de costumbre pecaminosas, original del inflamable y picante poeta Eduardo Arán* (a) *El Visionario.*

2.° *Intermedio de danzas semi-acuáticas, semi-terrestres por la bella Farfallina, la impúdica exdoncella, primera danzarina de este acreditado teatro semi-húmedo.*

3.° *(Y último ¡ya era hora!* — ¡TOMA CANDELA!—*cuplé movimentado y despipo-rrante, interpretado por la bella Charito, única en estas interpretaciones cálidas y re-confortantes»*.

Principió el *boceto* anunciado. Resultaba vistoso, entretenido y primordialmente lúbrico en su desempeño y *mise* en escena, como se verá, según resulta de un fragmento que a la letra paso a transcribir con los respetos debidos.

TIA Y SOBRINO

«Boceto... etc., etc. Personajes:
ELLA; *vinda, 36 años: ardiente.*
EL; *18 años: un ladino que se las trae.*

ESCENA I (Fragmento 1.°)

Ella.—¿Dónde has estado esta tarde, Ramoncito?

El. —*(Turbado).* Paseando... con mi amiguito.

Ella.—Pues no te prueba pasear. Estás ojeroso. ¡Cómo no hayas ido a visitar a algún amigo con faldas!...

El.—*(Sofocado).* No; pero si la digo a usted, tía, que...

Ella.—¡A que te figuras que te voy a reñir! ¡Pues hombre si a tu edad es lo que debe ser! Y, dime; ¿es rubia? ¿Morena?

(Se levanta: obliga al muchacho a levantarse y se lo lleva, cogido por la cintura, haciéndole sentar encima de sus propias piernas... que son lujuriantes y esculturales: ni que decir tiene).

Díme ¿la quieres mucho? ¿Te concede muchas libertades?

El.—Sí, tía; es mi amante... Aunque tiene su protector que la da lo que yo no puedo darla... y *viceversa*.

Ella.—Y tú ¿eres su *viceversa*?... ¡Digo, su caprichito! Habreis pasado a mayores ¿eh? ¡Besitos! Tacteos: insinuaciones... Pero nada más ¿verdad?

(Ella revira los ojos, como incitando a su sobrinito a hablar y le tiene cogidas ambas manos).

El.—No, tía, no. Hacemos más, mucho más.

Ella.—¿Y que es lo que haceis pues tunantes? Esplícame pronto y con todos los detalles vuestras fechorías. A mi me gustan todas estas diabluras amorosas y todas esas picardihuelas que haceis los enamorados. No puedes figurarte lo que me solaza la conversación cálida y salpicada.

Te abrazará así tan fuerte como yo, verdad?

El.—Bastante más fuerte.

Ella.—¿Así?

El.—Si, si; ahora... así mismo.

Ella.—¿Y te besará así en la cara, no?

El.—No; en los labios y muy fuerte.

Ella.—De este modo verdad? y nada más.

El.—Me hace colocar en posturitas académicas. Ella me besa: me aprieta contra sus pechos, (que los tiene superiores), y me susurra en los oídos palabras dulces y cariñosas y me obliga a que le devuelva uno a uno todos sus besos y abrazos... Se coloca cómoda y bien atento el oído para que mis palabras persuasivas lleguen al fondo de sus sentidos... Empieza de pronto a moverse; yo la imito. Suspiramos: jadeamos... y por fin callamos fatigados por la charla.

Ella.—(Muy sobreexcitada). Pero ¿tú no sabes lo que haces, pichón? ¿No notas que los nervios de tu cuerpo se electrizan y comunican a los de ella su fluído magnético?

El.—Yo, tiíta, la verdad... creo que sí... que pasa algo de eso .. pero... *(haciéndose el ingénuo y el mosquita muerta).*

Ella.—(Ardiendo en deseos). Ven, muchacho, ven... Todo eso es algo raro y necesita una explicación. Acompáñame a mi tocador».

. . . . . .

V

Aprovechemos este interludio en que se conoce que la sabrosísima jamona *practica al vivo* con el sobrino de su alma y sus entretelas las mismas escenas que aquel falso ingénuo le iba explicando.

Por otra parte, si se terminó o no, el sainete erótico en todas sus fases, es cosa que narraremos en otra ocasión, pues el espacio merma, y prometemos volver sobre éste tan sugestivo tema teatral.

Ahora vengamos a otra cosa algo más grave. La realización del plan, complot o lo que sea que iban a llevar a cabo los pelafustanes, falsos turiferarios de la Moralidad. Elementos a citar, como preparatorios.

Un anónimo denigrante, concebido en estos términos:

Presidente del club Las Cuatro gotas:
Infame y ruin; ¿no notas
temblar la tierra ya bajo tus pies?
¿Es que no sabes, pillo, eso lo que es?
La justicia que llega; tu castigo.
Yo que, de la Moral en nombre, digo:
Temblad tú y tus secuaces; pues la hora
de que nuestra justicia vengadora
caiga sobre vosotros ya ha llegado,

y el fin ya llegará de tu reinado.

Así, en versos ramplones y todo, para mayor lujo.

La noche de marras, después que se hubo representado el boceto de sainete debido al gran Eduardito y cuya primera escena—para muestra un botón basta—dejamos copiada más arriba, llegó el numerito del cuplé «¡Toma candela!» con su apropiada, alarmante y convincente mímica acompañatoria, cuando ella decía con los ojos fuera de las órbitas, simulando furor completamente lúbrico, deseos desbordados de sobreexcitación mórbidas, sexuales:

"¡No tiembles, Pelayo!
que no es justamente
de mi labio ardiente
de mi lengua fina
lo de tu desmayo.
¡No tiembles, traidor!
que de mis furores
cual de mis ardores
eres domador.
¡Toma sin cautela
mis labios de fuego
toma ya y recela
que no me despego.
¡Toma! No es broma.
¡Toma! ¡Toma candela!

Y al repetir el estribillo que antecede,

atizaba de lo lindo a su fingido amante, senda paliza, mogicones, golpes, mamporros de varios calibres...

Rosarito interpretaba a maravilla a tan absurdo cuplé, que resultaba excitante y definitivo, sólo con cantarle y mimarle la exhuberante criolla...

De pronto cuando más atentos y absortos estaban todos los *clubmen* en aquel inflamable trabajo, saltan dentro el salón unos cuantos desalmados enarbolando garrotes inconmensurables y comienzan a distribuir una tanda de golpes y varazos a los desprevenidos calaveras... mientras repetían con voces cavernosas:

—¡Toma candela! ¡Anda, toma candela!

Y pasaban a la segunda tanda de aquella paliza imprevista cuanto injusta.

Unicamente el aguerrido capitán Tristán repelió enérgicamente la agresión con su propia espada (que no desenvainó siquiera), moliendo a su vez las costillas a los malditos interruptores.

—Conque ¿en nombre de la Moral ¿eh? —repetía, llevándose la mano a sus posaderas el presidente.— Pues tomad moral y demonios infernales.

Sacando su revólver comenzó a disparar tiros al aire y en dirección al techo, el

insigne *Nonito*; acabó por ahuyentar en menos que dura un relámpago a los tarlulos de garote en mano e intenciones tendenciosas.

Luego que estuvieron apaciguados los ánimos, y lejos ya del domicilio del Club, los endiablados perturbadores, el impertérrito e imperturbable don Eduardito Arán, el héroe de la fiesta acabó por expresarse así:

—¡Compañeros! Aquí no ha pasado nada! Esos del vapuleo ya llevan su merecido. Cada uno a su puesto y siga el cuplé; pero siempre enhiesto el carcaj de Cupido y concluid conmigo *¡Toma candela!*

Una formidable salva de aplausos y vivas acogía el breve *speeck* del intelectual.

Y siguió interpretándose el programa en honor y gloria y como triunfo inmarcesible del club celebérrimo *Las Cuatro Gotas*.

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

CACHONDA Y SABROSA — CADA TOMITO 10 CTS.

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos. Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos.—Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer. — Amor en globo. — Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas. — Amores crueles. Trapisondas de mujeres. - Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante. - Sangre ardiente. - Enredillos de hembras. Palomitas tiernas.—El beso del camino. — Un maridazo. -- Las hijas de Venus.--Centro Galante.—Delicias del amor.--La mujer ajena.--La Sabrosa.--Secretillos de alcoba. - La Isla del amor.- Un matrimonio modelo. —La Virgencita. - Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes-- Canalladas de Cupido.--Travesuras de un conejo.--Diabluras deliciosas. Paquita la blanda.—Lechos voluptuosos. Don Pepito se las trae.—Toma tripita.—Un catre cachondo.—Los labios de Isabel.—Noches sicalípticas. Mordiscos femeninos. - ¡Venga cadera! El bosquecillo de Venus.—El sexo débil. - Una tía sin vergüenza.—Caer de espaldas.—La danza de la popa.—Muslografía física. - Boquitas de piñón.—Ombligos movilizados. - Los agujeros de Trini.—Vahidos sicalípticos.—Las rocas peludas.—Vaivenes caderiles. - Memorias de un lunar.— La saeta de Cupido. — ¡Viva la faldamenta! — Ajetreos amorosos.—Lamentos de un somier.—Un canuto libertino.—Las NALGAS marinas.—A punto de caramelo.—¡Vaya cardo!—Los tres besos y medio. —El morrongo de Venus.—¡Toma candela!

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

La última palabra del despiporren — 10 tomitos

Riquísima presentación — Cada tomito 20 Cts.

Publicaciones Alegres — Barcelona - Buenos Aires